

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON MANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 5 DE NOVIEMBRE DE 2007

GRANADA

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
academiabuenasletras@hotmail.es  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-2.482/2007  
*I.S.B.N.:* 978-84-690-9048-0

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON MANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA

*Recado de escribir*

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**P**OR mi decidida vocación de escritor reclamo recado de escribir, sobre todo en este acto solemne en el que pronuncio mi discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada. Y a él voy a dedicar unas palabras, aunque antes me es preciso agradecer a la Academia su generosa decisión por algo que me honra y, ante todo, me obliga: el nombramiento como Académico correspondiente. Señoras y señores académicos: de nuevo y públicamente, muchas gracias.

En mis repasos por la lírica popular, por lo común ágrafa, siempre me llamó la atención la alta frecuencia que en la misma figura el recado de escribir: tintero, papel y pluma. Así, en las más tiernas e inocentes canciones de comba, en las que dos niñas, una por cada extremo, sujetan una cuerda a la par que la voltean mientras las demás jugadoras, colocadas en fila, la van saltando sucesivamente sin perder el ritmo. Como lo es la extendidísima, en este caso en versión de Prioro, “Una, dos, y tres, / pluma tintero y papel / para escribir una carta / a mi querido Miguel. / Y en la carta le decía: / Recuerdos para tu tía”.

Por su difusión y larga vida la letra sufre, como no podía ser por menos, numerosas variaciones. En Torrijos o Puerto Rico la hacen amorosa, pues los dos versos finales que se le agregan cantan: “Para decirle que venga / para casarme con él”. Como íntima en otros lugares, caso de Alosno: “Que se ha marchado

esta noche / en el correo de las tres”. En Cidayo la convierten en humorística y desenfadada al incluirle estos otros dos versos: “que está comiendo judías / con la caldera vacía”; en otros sitios “friendo sardinas / en aceite que rechina”; o “en un barril de lejía”, en Cuba. O esta otra versión zaragozana más amplia, y en muchos pueblos conocida, caso de Fuentes del Ebro, como “Los días de la semana”, la que a partir del sexto verso incluye estos otros cinco: “que está malita en la cama / los días de la semana / que son, que son y que son / lunes, martes, miércoles, jueves, / viernes, sábado y domingo”.

Más original es esta otra versión, aunque de la misma también existen numerosas variantes cuya enumeración no pasaría de prolija y cominera erudición folkórica: “Te, chocolate y café, / Pepito, Manolito y Andrés / escriben una carta al Rey / con pluma, tintero y papel”.

Así, con cierta acompasada parsimonia discurría el cantar, a tres saltos por verso y los acentos marcados por la cuerda en el suelo; aunque a veces se avivaba el ritmo a la orden de “dar tocino” –en frase de Andalucía– o, pongamos por caso, de “chorizón” en Burgos y otros lugares de Castilla.

Severiano Doporto recogerá a finales del XIX en su colección de cantares turolenses esta graciosa coplilla que, después, sería adoptada por las tunas estudiantiles: “Estudiante quise ser / y apenas vi tu hermosura, / a los infiernos tiré / tintero, papel y pluma”.

Una letra que, porque todo hay que decirlo y la verdad obliga, bien pudiera servir de confesión a este académico y

testimonio no arrepentido de cuando, ahora hace medio siglo, en 1958, iniciara sus estudios de licenciatura en la Facultad de Derecho de esta Universidad literaria. Quiero decir que nuestros cantares, como de todos es sabido, son mayoritariamente amorosos y, cuando nacen o se adoptan, en cierta medida autobiográficos.

En Moral de Calatrava, Ciudad Real, se canta una letra descriptiva y redonda cuyas imágenes bien pueden reclamar para sí nuestros poetas de la experiencia: “Son tus ojos dos tinteros, / tu nariz pluma dorada, / tus dientes menudas letras, / tu boca carta cerrada”.

Y, para continuar en apretado recorrido por la expresión poética popular, los manoseados ripios de un piropo tópico y cursi; uno de esos que en los ominosos años cincuenta figuraban en tarjetas postales con las figuras de soldados y uniformadas mozas de servicio, amén de un corazón en alguno de los ángulos superiores de la cartulina. Un piropo, digo, que declamaba con encorsetada retórica de cartón piedra: “Si mi alma fuera pluma y mi corazón tintero, con sangre de mis venas escribiría lo mucho que te quiero”.

También inspirará el recado de escribir la canción popular disparatada, aunque no exenta de hermosura en la pequeñez de su grandeza: “Del hueso de una aceituna / tengo que hacer un tintero, / del tintero una pluma, / de la pluma un manguillero!.

Tras la letra, bueno será recordar lo escrito por el benemérito Rodríguez Marín al pie de una de las coplas de su inmensos *Cantos populares españoles*:

De los huesos de las aceitunas, como de los de otras frutas, suelen hacer las gentes del pueblo primorosos canastillos. Quizá esta insignificante industria ha dado lugar al primer verso de esta copla.

O marinero, para hacerla amorosa. En Álora, o Jaca, los dos versos finales son distintos: “para escribirle a mi novio / una carta con salero”.

Por igual –y trasladándonos a otro ámbito de lo popular–, el cantar arranca el más hondo y lacerado testimonio existencial, como acontece en la letra de esta conocida debla de Tomás Pavón, hermano de la flamenquísima Niña de los Peines: “En el barrio de Triana / ya no hay pluma ni tintero / para escribirle a mi madre / que hace tres años que no la veo”.

No importa, en mi opinión, la muy libre medida de los versos en la estrofa; es poesía para ser cantada; quiero decir, mecida con el dolor.

Y en el otro extremo de la grandeza cantaora, Pepe Polluelas pregonaba su miseria por las tabernas, ventas y prostíbulos giennenses en tiempos de la larga posguerra: “Coge el tintero que es de plata / y la pluma que es de cobre / y pon con letras muy grandes / que me desprecias por pobre”.

A la par, muy buena parte de estos cantares tradicionales y populares de recado de escribir, como tantos otros, pretenden subvertir y en ocasiones lo consiguen, el orden establecido. En una sociedad mayoritariamente analfabeta, la pluma, el papel y el tintero son herramientas generalmente lejanas al pueblo y en manos exclusivas de quienes ostentan



el poder o le sirven. De aquí que, al menos, le despierten sería desconfianza. Basta repasar los registros que, sobre los escribanos, contiene el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* del maestro Gonzalo Correas: “Escribanos, alguaciles y procuradores, todos son ladrones”; sentencia que el profesor de Salamanca comenta con brevedad y misericordia: “ojeriza que se les tiene”. Claro que a renglón seguido anota este otro: “Escribano y difunto, todo es uno”; y la explicación que da no conlleva duda alguna: “Porque si el uno no tiene alma, el otro es desalmado. ¿En qué parece el escribano al difunto? –En que no tiene alma”. Pregunta y respuesta que debieran ser tópicos en el Siglo de Oro, tiempo en el que los escribanos recibían el popular nombre de “gatos”, a los que hay “muchas uñas que cortar”; o sea, que vivían de los descuidos. Y para terminar de redondear el juicio nos trae Gonzalo Correas esta otra paremia: “Escribano, puta y barbero, pacen en un prado y van por un sendero”; la glosa, contundente: “Que todos pelan y rapan por su modo”.

Denuncia y condena que, a la postre, quebrantan o, al menos, inquietan el siempre confortable sistema imperante, como en el cantar romanceado de abierta crítica político-social que sigue, recogido que fuera en Pegalajar: “Ladrones hay en España / que no se echan a ver, / las herramientas que gastan: / pluma, tintero y papel”.

Como una letra en seguidillas, más o menos popularizada, pregonará el cambio de modos y formas, que no de sociedad. Ya no son precisos el trabuco ni la navaja cabriterera para cometer el crimen, “porque en Sierra Morena / los bandoleros / han cambiado la faca / por el tintero”.

También el salmantino del XVIII José Iglesias de la Casa, tras arremeter en una letrilla satírica contra doctores, clérigos y magistrados, concluirá con una autocrítica a su función de escritor: “¿Ves el que esta satirilla / escribe con tal denuedo, / que no cede ni a Quevedo / ni a otro ninguno en Castilla? / Pues con su vena, letrilla, / pluma, papel y tintero, / es mucho más majadero”.

Pero donde el cancionero del recado de escribir será decididamente trasgresor es en su mirada graciosamente pícaro y, si lo prefieren, obscena, la que se derrama, al menos desde el siglo XVI, en una lírica indecentemente proscrita y silenciada –dobles mordazas y grilletes para la popular–, como lo acreditan los versos de un romance anónimo, publicado en la *Tercera parte de flor de romances* (1593), del que desgraciadamente se ha perdido uno de ellos: “Ya empieza a deletrear / Perico, el del bachiller, / porque, en sabiendo leer, / dice que ha de predicar. / (...) / Y trae consigo la pluma, / que quiere escribir primero, / y echa tinta en el tintero / de lo que della rezuma / (...) / cada vez que ha de mojar, / porque en sabiendo leer, / dice que ha de predicar.

Es el joven pollo que se siente los espolones y quiere actuar como gallo; de ahí el verbo mojar –luego veremos con mayor detenimiento los sustantivos pluma, tintero y tinta–, del que cantan unas gozosas seguidillas recogidas en La Rabanera, La Rioja, por Kurt Schindler en días de nuestra guerra civil: “¡Quién tuviera la suerte / que tiene el gallo, / que en saliendo a la calle / monta a caballo! // La gallina se agacha / y el gallo sube, / echa su mojadilla / y se sacude”. Y aquí, pues el romance del Siglo de Oro parece reclamarnos-

lo, se nos hace imprescindible una mención, si bien mínima, a un rito de paso de carácter informal y típicamente infantil conocido como “El canto de los gallos”. Fue estudiado por Marciano Sánchez, en cuanto hace a una zona de la provincia de Salamanca, a la que no queda circunscrito, y publicado en “De la niñez a la adolescencia”, en *Revista de Folklore*.

El rito marca el punto de partida de la iniciación sexual del niño, y se produce en el momento en el que éste deja el pizarrín para pasar a escribir en la escuela con pluma. En síntesis, el chaval era sometido a este acostumbrado ceremonial. Una vez sorprendido por el grupo en algún lugar apartado, es derribado al suelo, donde, bien sujeto, se le abría la bragueta y, con el acompañamiento de mofas entre crueles y divertidas, se procedía a apretarle los testículos rítmica y acompasadamente doce o veinticuatro veces según el número de participantes. Concluido el ritual, pasaba a una situación nueva: dejaba la niñez para comenzar a ser mayor, adolescente.

Su estatus ha cambiado, ya pertenece a la pandilla y participa de sus actividades. Puede encrestarse, aunque se le escapan atiplados gallitos. Desde este momento utilizará navaja con cadena y no los típicos caparranas infantiles, como le es dado llegar más tarde a casa, o ser uno más en los juegos de mayores –cuando no en sus peleas colectivas a pedradas–, y todo un largo etcétera de prerrogativas entre las que sobresale la de poder hablar de chicas y asistir, en pie de igualdad con los demás jóvenes solteros, a los bailes. El chico ya puede gallear y arrastrar el ala, pues dejó el pizarrín para escribir con pluma, tintero y papel.

Y al pizarrín de su nieto le dedicaría un soneto el poeta de Rota, miembro de la llamada generación andaluza del lenguaje, Ángel García López, en *Son(i)etos a Pablo*, donde se alza con este tono protector, cálido y mecido, el primer cuarteto: “Lo primero es buscarte el pizarrín. / Y, luego, levantarte el pantalón / e intentar que se asome a su balcón / la nariz pequeñita del jazmín”.

Y del pizarrín, el que no deja de ser su ensayo o esbozo de grandeza, pasemos, como ofreciéramos desde un principio, a la rotundidad del recado de escribir, nuestro tema.

Un curioso e interesante libro, *Laberinto amoroso de los mejores romances que hasta agora han salido a la luz*, recopilado que fuera por Juan Chen, y publicado en Barcelona, en 1618, nos ofrece unos versos que dan clara cuenta de la actividad de la mujer del escribano, a la par que nos esclarecen qué sea la tinta: “Al marido ayuda / a llevar la carga, / y los aranceles / tiene ya en estampa / (...) / Haze él tinta fina / que gastar en casa / y ella en su escritorio / la agena gasta”.

De nuevo nos encontramos con un gracioso término pícaro a retener, escritorio, así como con el lascivo verbo escribir, sobre el que volveremos.

Por igual Alzieu et alii, en su citada *Poesía erótica del Siglo de Oro*, nos presentan una adivinanza de la pluma, que extraen de *Tratado de un libro pequeño que anda de mano que se intitula libro de diferentes cosicosas*: “Tengo un miembro largo, liso y duro, / por el un cabo peludo, / por el

otro agujereado. / Métolo en una concavidad honda y obscura, / y estáyse un rato mojando; / y un cierto licor echando, / me estoy con él un rato holgando”.

El comentario que ofrecen, a nuestro juicio, no es de escaso interés:

Aquí el juego consiste en sugerir, con perífrasis ambiguas un concepto inocente o una imagen atrevida, cuando lo que se describe es un objeto perfectamente inocente. Se trata pues, en cierto modo, de una especie de erotismo al revés: ahora (...) el autor describe una pluma.

Y la pluma y por antonomasia la de escribir, proveniente de las de pena del ganso, se muestra con su tubo largo, blanco y algo sonrosado, circular y curvo, guarnecido de barbillas y desprendiendo en su función un líquido, por lo que ofrece evidentes semejanzas con el pene. De cualquier forma, esta adivinanza tiene feliz compañera en otra del XVI, publicada dentro de *Cuarenta enigmas en la lengua española*, obra anónima publicada en París, “en la casa de Gyles Beys”, en 1581: “No se sufre, ni es razón, / que entre buenos casados / tenga menos el varón / que la hembra, cuatro estados: / ella lleva los arados, / porque labra sabiamente, / y él le lleva la simiente / en unos trapos mojados!

El propio autor desconocido comenta el acertijo con un lenguaje no tan inocente como a primera vista parecer pudiera:

Es la escribanía y el tintero, los cuales como buenos casados andan siempre juntos, y el varón –que es el tintero– va siempre colgando más bajo que la escribanía, en la cual se encierran las plumas cortadas, a

semejanza del arado, y labran en el papel. Y el varón lleva la simiente en unos trapos mojados, que es el algodón mojado en la tinta.

También el poemita contiene tres términos agrícolas –arar, labrar y sembrar– que nos reclamarían una mínima atención, si no supiéramos todos que sus actividades y aperos forman parte desde hace milenios del lenguaje amatorio y erótico de casi todos los pueblos del mundo.

Y puesto que vamos de adivinanzas rimadas, bueno será que consignemos una de nuestra hora sobre la pluma, no tan pulcra como en un principio se ofrece: “Una que salió de un huevo / mi negra sangre me saca / y con ser de cuerpo flaca / no toma para sí el cebo / que lo vierte la bellaca”.

La rima del acertijo se refiere a los antiguos pocillos de porcelana, loza o metal. Y a estos tinteros, también conocidos como de asiento, hará referencia una letrilla picante que Lustonó atribuyó sin mayor fundamento a Góngora: “Decidme, dama graciosa, / qué es cosa y cosa. / (...) / Por qué vuela pico a viento, / y sin comer hace papo? / ¿Por qué, cuanto más le atapo, / más se abre de contento? / Y, si es tintero de asiento, / ¿cómo bulle y no reposa? / ¿y qué es cosa y cosa?”.

Decíase tintero de asiento al que es ancho y plano, por oposición a los de punta de cuerno, utilizados hasta inicios del siglo XX, y que no podían sostenerse derechos sino metiéndolos en un agujero del escritorio; de ellos darán suficiente noticia hasta nuestros más cercanos novelistas, caso de Pereda, la Pardo Bazán o don Juan Valera, y a los que canta-

ría una rima popular, si bien Valle Inclán la reproduce en prosa en una de las páginas de *Los cuernos de Don Friolera*:

¡A la jota, jota, y más a la jota, que Santa Lilaila parió una marmota!  
¡Y la marmota parió a un escribano, con pluma y tintero de cuerno en la mano! ¡Y el escribano parió un escribiente con pluma y tintero de cuerno en la frente!

Tremendo, como siempre, será Juan de Tassis, conde de Villamediana: “que de su frente mi pluma, / tendrá materia y tintero”.

Y aquí, en un necesario paso atrás, el rechazo que de estas vasijas efectuara Lope de Vega en *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, haciendo suyo un refrán por entonces extendido, “De cuernos, ni aún tintero”:

*Peribáñez*: ¿Tú quieres que intente un lance?

*Casilda*: ¡Ay, no, mi bien, que es terrible!

*Peribáñez*: Aunque más terrible sea,  
de los cuernos le asiré,  
y en tierra con él daré,  
porque mi valor se vea.

*Casilda*: No conviene a tu decoro  
el día que te has casado,  
ni que un recién desposado  
se ponga en cuernos de un toro.

*Peribáñez*: Si refranes considero,  
dos me dan gran pesadumbre;  
que a la cárcel, ni aun por lumbre  
y de cuernos, ni aún tintero.

Empedrada de tinteros córneos está la gozosa lírica satírica del Siglo de Oro, de lo que puede ser ejemplo un epigrama de Salas Barbadillo: “ Flavio, una casa labraste, / disfrutando a tu mujer; / tintero debió de ser / por lo que a ella gastaste. // ¡Cuántas veces, con sutil / vista, miro su alabastro! / Veo que en ella tiene el Rastro / una accesoria gentil”.

Gracia pícara que se nos redobla al conocer que tintero alude al de asta; y el Rastro era el lugar donde se sacrificaban las reses y, en consecuencia, se obtenían los cuernos en grandes cantidades.

Tinteros por doquier, de aquí que don Francisco de Quevedo llamase a su tiempo con el título de una de sus prosas, *El siglo de los cornudos*. Objeto y metáfora del semillero de las letras que también derramará garbo y agudeza en su lírica. Así, en el romance “La vida poltrona”, la preocupación ante cierta damisela “de condición más blanda / que algodón, y temo / que esos algodones / me van a hacer tintero”.

Y el *Diccionario de Autoridades* nos esclarece qué sea el algodón:

usado siempre en plural se entiende cualquier materia, ya sea de seda, ya sea de lana que se pone dentro del tintero para que recoja la tinta y la pluma tome sólo la que fuere menester.

Definición académica clásica que nos esclarece otros versos del mismo Quevedo en el romance “Boda de negros”: “Parecía matrimonio / concertado en el infierno: / negro esposo y negra esposa / y negro acompañamiento. / Sospecho



yo que, acostados, / parecerán sus dos cuerpos, / junto el uno  
con el otro, / algodones y tinteros”.

De nuevo el tintero y, como bien advirtiere Ignacio Arellano, al ser de cuerno designa a la esposa, a la par “que anuncia para el negro novio un negro futuro de cuernos”.

Con el XVIII el código obsceno de la risa va a cambiar; parece que nuestros autores, populares o no, se preocupan menos de las alturas y más de las profundidades. Quiero decir que pluma y tinta mantienen su conocido valor metafórico, mientras el tintero, máximo señor y dador de cuernos, pasa en práctica exclusiva a significar los atributos genitales femeninos. Prueba de ello puede ser un texto poco conocido de Tomás de Iriarte, “Soneto moral y alegórico”, contenido en *Poesías lúbricas*, un manuscrito inédito, y que diera a la luz el profesor Emilio Palacios Fernández: “Yo he visto alrededor de una gran mesa / catorce entretenidos tagarotes, / más apiñados que en botica botes / emporcando papel a toda priesa. // Un tinterón que siete libras pesa, / en medio estaba lleno de pegotes, / y unas plumas más gruesas que garrotes / mojaban todos en la tinta espesa. // Con esto, Fabio, aconsejarte quiero / que de gozar a Laura no presumas, / ni su salud, finezas y dinero, / engañado galán, desde hoy consumes. / Porque de Laura en el capaz tintero / muchos entretenidos mojan plumas”.

Igual visión, aunque sin desmesuras, nos trae un nuevo cantar popular de intención burlesca: “De escribiente estuve yo / y no me pagaron jornada, / porque mojaba la pluma / en el tintero del ama”.

No creo que nadie discuta el hecho de que la lírica popular, amén de participar de todos los poéticos, tenga sus propios códigos y su juego de imágenes o metáforas no siempre ha de estimarse como surreal o disparatado. ¿Por qué su sal ha de ser gorda y sus trazos gruesos? Canta una muy conocida letra: “María a tu huerto entré / a coger una lechuga / y en el cogollo encontré / tintero, papel y pluma”.

Sorpresiva lechuga, por otra parte tenida como verdura frígida, que nos puede explicar este otro cantar de réplica entre moza y majo, tan característico de los antiguos corros: “.- En medio de este aposento / hay una lechuga de oro; / con licencia de tus padres / voy a cortarle el cogollo. // .- El cogollo cortarás, / pero el de la fantasía; / el cogollo cortarás, / pero la lechuga es mía”.

Y de la misma intencionalidad es este otro aun vigente en la isla de La Palma, como entre los rabeleros de Palencia y Cantabria: “.-Debajo del delantal / tienes un tintero negro; / déjame mojar la pluma / que soy escribano nuevo. // .-Este tintero amoroso / me dio mi madre de fina; / y me lo puso un candado / para no derramar la tinta”.

Precautoria decisión. Pero permítanme, siquiera un momento, para exponer la significación sexual del delantal o mandil.

Aunque en el atuendo tradicional de la mujer bajo esta prenda solían existir al menos otras dos, ella es la que marca el límite y en buena medida viene a subrayar la dimensión pícaro y obscena de la letra; algo que, a mi juicio, no recla-

ma mayor discurso ni ejemplos, aunque por su elocuencia traemos dos. Uno, primero, de gregoriana voz eclesial, fue recogido en Huérteles: “Debajo del mandil tienes / un cachiripurri; / y un poquito más abajo / clítoris peccatumundi”.

Por su parte Cervantes, en una de las *Novelas ejemplares*, cantará: “De las dos mozas gallegas, / que en esta posada están, / salga la más carigorda / en cuerpo y sin delantal”.

Y algo que es preciso decir. El cancionero popular se mantiene y renueva. Desde 1883, con la invención por Waterman de la pluma que no gotea, comienzan a abandonarse las de ave o palillero, y adoptan las de un sistema de émbolo o de otro artilugio mecánico, aunque su función es la misma. Nos lo acredita, pongamos por caso, uno de los cantares galardonados en el concurso regional de letras de polcas “Las plumas del guirre”, 2006, en Tuineje, Fuerteventura. Una vez más el deseo y la pretensión amorosa con las calabazas como respuesta: “.-También yo tengo una pluma, / que has de saber primero / que, para poder cargarla, has de poner el tintero. // .-La tinta de mi tintero / no es para la pluma tuya, / pídele a los calamares / que te dejen usar la suya”.

Mucho tópico crítico corre –lo hemos dicho– sobre la desmesura de imágenes y metáforas de la lírica popular. Como hemos visto, no le quedan a la zaga, al menos en la parcela erótica, en el ámbito del desenfado y la risa, nuestros grandes poetas, huéspedes ilustres de la historia de la literatura. Así, pongamos por caso, el del romántico José de Espronceda y su atribuida pieza “A la mujer”: “Sublime abnegación, rasgo hechicero / digno de fama, de loor y glo-

ria, / atreverse a mojar en un tintero / tan grande, ¡vive Dios!  
como una noria”.

Igual función y amplitud de miras, aunque no tan desbordadas, de las que participa este otro ejemplo de nuestra anónima lírica popular y el que, en su nada oculto doble sentido, nos reclama una lectura cómplice: “Tienes que traerme, María, / con la boca ancha el tintero, / que, como no sé firmar, / tengo que mojar el dedo”.

Dedo sin uña, claro, como figura en los cancioneros, populares o no, de los últimos cuatro siglos. También bastante más recatada e ilustrada que los versos del poeta extremeño, nos resulta una coplilla de las altas sierras giennenses. Es la hora de dormir: “Las mujeres de la sierra / cuando apagan el candil, / abren el tintero a ciegas / y se ponen a escribir”.

Tras la repajolera gracia y el luminoso desenfado de mis gentes, una quintilla de J. Orts –“A una fregona que por su interés propio impedía el gusto de su señora”– donde, junto al de los sustantivos pluma y tinta, se nos aclara el significado del verbo escribir: “Ya que de mí no te apartas / considera en breve suma, / si de escribir no te hartas, / que traigo siempre la pluma / con tinta para dos cartas”.

Concluimos con uno de los *Epigramas* del poeta decimonónico alicantino Josep Bernat Baldoví, incluido que fuera en *Cancionero moderno de obras alegres*, y el que bien puede servirnos de disculpa, dado nuestro oficio de escritor, de algún borrón no pretendido: “Un doctor ronda tu puerta /

y un escribano te adora, / le dijo a una labradora / otro, también de la huerta: / .- “No te extrañes, majadero”, / contestó con gracia suma: / como son gente de pluma, / van en busca del tintero”.

En efecto, tan reputado crítico literario como fuera Ricardo Gullón, en uno de sus trabajos sobre Pérez Galdós equiparará a la pluma con el falo y al tintero con el útero. Y más. Leopoldo Alas, Clarín –y no será, desde luego, el único creador o analista que considere equivalente la escritura al coito–, describe en *Su único hijo* el nacimiento de uno de sus seres de ficción: “... y al fin brotó, como si naciera de la cópula de lo blanco y lo negro”. Algo que comenta con agudeza Andrés Zamora:

El encuentro carnal del que metafóricamente nace el personaje se produce entre lo negro –la tinta, el principio creativo y consciente, la virilidad del autor– y lo blanco: el papel, el recipiente pasivo e inconsciente, esto es, en el discurso sexual de la época, la mujer, la luna. La blancura del papel recibe el toque genésico de la vida.

Por ello, y aunque éste no sea el lenguaje de nuestro tiempo, ni éste el lugar apropiado para desarropar nuestros rubores, con tanto pudor como firmeza protesto para mi mesa el mejor recado de escribir, siempre transmisor de vida.

Señores, largo ha sido el discurso y son numerosos los ejemplos líricos –desvelada la metáfora, no sé si será lícito decirlo– que me he dejado en el tintero. Queden para otra ocasión, pues no me resta más que el tiempo preciso de ratificar lo que prioritariamente me ha traído a este acto bien

entrañable para mí: dar las gracias a la Academia de Buenas Letras de Granada por tan honroso nombramiento, como a todos ustedes por su generosa presencia y atención.

He dicho.

MANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA  
Jaén, 1940

Correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Granada, licenciado en Derecho y miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, de la Asociación Andaluza de Críticos Literarios, de la Asociación Colegial de Escritores, Consejero del Instituto de Estudios Giennenses, de la Fundación Blas Infante y de la Cátedra de Flamencología de Jerez. Ha sido director de la revista de flamenco *Candil* y en la actualidad lo es de la de etnografía *El toro de caña*. Junto a colaboraciones en diversos libros, catálogos, revistas y prensa, ha publicado medio centenar de libros de temas de etnología, historia y literatura. Ha sido director del Área de Cultura, del Museo de Artes y Costumbres Populares y el Internacional de arte naïf de la Diputación de Jaén.

Circunscribiéndonos al ámbito literario, reseñamos que, junto con Antonio Hernández, dirigió la colección madrileña de poesía *Pliegos del Sur*; fue redactor de *Metaphora*, revista de poesía concreta. Dirige la *Colección de Antologías* del Instituto de Estudios Giennenses y, en su día, estuvo al frente de colección de libros de poesía *Cuadernos de Aixa* y de *Jándula*. Ha publicado los libros de poesía *Anillo a dos* (1972), *Presencia y ausencias* (1978), *Pre-textos* (1979), *Grabado en la memoria* (1980), *Horno negro* (1998), *Paseos en Jaén* (2001) y *Camino de la nieve* (2007). En prosa ha publicado *Fuera de quicio* (1990). Entre sus estudios literarios se encuentran *Andalucía en el testimonio de sus poetas* (1976), *Antología consultada de la nueva poesía andaluza* (1980), *Zabaleta y la poesía* (1980), *El cante jondo en Antonio Machado* (1982), *Rafael Porlán: Prosa y verso* (1983), *Bodas de hierro con la sangre. Antología poética, parcial, de José Luis Núñez* (1990), *Antología poética de Bernardo López*

(1991), *En la voz el ala. Antología poética de Juan Martínez de Úbeda* (1994), *La hondura de un antiflamenco: Eugenio Noel* (1995), *Coplas aceituneras* (1997), *José Almedros Camps, el poeta jaenés del novecientos* (1998), *Sal gorda* (1999), *Del Guadalquivir al Tormes: Antología poética de Rafael Láinez Alcalá* (2001), *El juego de la flor. La poesía de Juan Martínez de Úbeda* (2003), *El gorro frigio. Del poeta José Jurado de la Parra* (2005) y *La huella de viajero: los senderos poéticos de José Ortiz de Pinedo* (2007). Tiene en prensa *Costumbristas giennenses. Estudio y antología. Libros de etnografía y flamenco: Flamenco y política* (1980), *Grandeza y servidumbre del cante giennense* (1982), *Taranta* (1991), *Viaje por la mesa del Alto Guadalquivir* (1993), *Campanas y cohetes, calendario popular de fiestas populares* (1996), *Hay quien dice de Jaén* (2000) y *Del tiempo detenido, la fotografía etnográfica del Dr. Cerdá y Rico* (2001). En prensa, *Se prohíbe el cante*. Además del libro de arte *Registro de memorias* (2002), cuenta con las siguientes ediciones de libros editados e inéditos: *Colección de las mejores coplas que se han compuesto...* de Don Preciso (1982), *De la solera fina*, de Antonio Alcalá Venceslada (1982), *Del corazón de mi tierra*, de Alfredo Cazabán (1989), *El ajusticiado*, de José Toral (1990), *Cuentos del cielo*, de José Toral (1991), *Siete sonetos y un romance inédito de Rafael Porlán* (1992), *La buena simiente*, de Antonio Alcalá Venceslada (1993), *El destino de Lázaro*, de Manuel Andújar (1994), *El vencido*, de Manuel Andújar (1995), *Cuentos de la Villa*, de Juan Antonio de Viedma (1996), *El sitio de Manila*, de Juan y José Toral (1998), *Memorial de los Santos que reciben indebidamente culto...*, de José Martínez de Mazas (2001), *Viejo Jaén. Coplas del Día*, de Alfredo Cazabán (2004), *Un paseo a la patria de Don Quijote*, de José Giménez-Serrano (2005) y *El peregrino de Tíscar*, de Rafael Láinez Alcalá (2007).



CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**E**S para mí, además de un honor, una ocasión de íntima satisfacción personal proceder a la contestación pública del discurso que acaba de pronunciar el ilustrísimo señor don Manuel Urbano Pérez Ortega, a quien esta Academia recibe como nuestro Académico Correspondiente por Jaén, ese graso paraíso interior con el que linda y se hermana Granada, nuestras por tantos años irredentas tierras.

Bajo el título *Recado de escribir*, hemos asistido a la explicación y fino comentario de un panorama de frutos literarios de la patria de nuestra lengua que, tanto de procedencia popular como culta, han tomado los referentes y la verbal materia prima que nombraba el conjunto de los objetos necesarios para la escritura –nuestros digitales tiempos nos están apartando velozmente de tinteros, plumas y papel– como plano real o metaforizado con el que construir una metáforas de perfiles ya amorosos y eróticos ya existenciales ya disparatados ya transgresores y pícaros, metáforas que han llenado no pocas letras tradicionales y populares para ser cantadas, de las que algunas recogían tal vez sin saberlo el viejo prejuicio platónico contra la escritura haciendo valer en su caso el supremo latido de la vida misma, si bien dejando finalmente el rastro escrito de su propia y fecunda palabra, la condición material de la memoria.

Pero este tan hermoso como festivo paseo por esos frutos literarios de cancioneros áureos y obras literarias, que llegan hasta nuestros días, nos ha servido para conocer no sólo tales muestras del ingenio de nuestra lengua y cultura, sino también para caer en la cuenta de algunas cualidades y rasgos que adornan la personali-

dad y el quehacer literario de nuestro escritor. Me refiero a la calidad y riqueza de su escritura, con un ojo puesto en la tradición y con el otro mirándose en lo más nuevo; a la profundidad y pluralidad de su saber y erudición; a la sabiduría y ternura con que selecciona y orienta su mirada sobre esas muestras antológicas; y, cómo no, a su anchura de miras y natural apertura a todas las fuentes donde manan la verdad, la bondad y la belleza, sin esteticismos, bebiendo con fruición de las mismas ya en copa de plata ya, por decirlo con una imagen de José Hierro, en la copa de sus propias manos, sin que se le caiga una sola gota al suelo.

Así es Manuel Urbano. Así se conduce en su vida y en su obra mi entrañable amigo y poeta y ensayista y crítico literario y columnista —ahí queda como muestra su libro *Fuera de quicio*— y flamenólogo y editor literario y gestor cultural, además de abogado, claro está, mirando hacia lo alto al tiempo que se sostiene firmemente sobre la tierra. Nuestro académico conoce muy bien el suelo que pisa y, como los más altos y frondosos árboles que se ofrecen a nuestra vista, apunta con su altura al cielo, altura que siempre es proporcional a la profundidad y longitud de las raíces que penetran en la oscuridad del subsuelo para nutrirse de las sustancias elementales que da la tierra. Ahora comprenderán ustedes el porqué de la variedad de sus frutos, el porqué de su ancho currículum vitae así como la razón de su plural obra que ha cuajado en una interminable lista de artículos y libros. Ahí quedan para uso y disfrute de lectores el fruto de su mucha generosidad y esfuerzo, de sus largas horas de estudio, reflexión y escritura, de su tiempo invertido en el rastreo documental y acopio de fuentes. Ahí quedan sus libros de creación; los libros de historia, tanto general y local como cultural y literaria; y los libros de etnografía, con su seguimiento de las tradiciones y costumbres de vieja y recia estirpe andaluza. Estas son las tres grandes ramas del árbol de la obra de Manuel Urbano, ramas alabeadas por el peso de los granados frutos de sus obras y estudios.

De la primera rama, la rama de la poesía, penden libros como, entre otros, *Presencia y ausencias*, *Pre-textos*, *Grabado en la memoria*, *Horno negro*, *Paseos en Jaén* y el muy reciente poemario *Camino de la nieve*. Es su poesía un festín verbal con notas barrocas y profundidad meditativa, fruto de una necesidad expresiva y verdad vital que, con “un dejo de tradición incorporado –como bien dice Antonio Hernández– en cuanto ésta se hace placenta de vanguardias”, se llena de rastros de humana melancolía, buscando la final salvación por el arte. Su *Camino de la nieve*, por ejemplo, es un muy hermoso crisol poético donde arden los crepúsculos, las tardes del otoño y la oquedad de noviembre, una música violeta, ciertas preguntas con respuesta, el vuelo inmóvil de las horas, la profundidad oceánica del espejo, las hojas y el óxido de su cobre como harapos de ternura. *Camino de la nieve* es un libro otoñal y verdadero donde, por seguir glosando algunas de sus muy hermosas imágenes, atardecen, manchadas de otoño, las palabras y donde se mira fijamente la desnudez del tiempo.

En la segunda rama, descubrimos los frutos de sus estudios etnográficos auténticos registros de plurales formas de cultura popular andaluza que van desde el cante y las costumbres de la mesa a la fotografía etnográfica y desde las fiestas populares a, como en *Hay quien dice de Jaén*, un diccionario jaenés de la memoria que guarda para nuestra conciencia lingüística el tesoro de un sinfín de expresiones y, como dice Quevedo, “vulgaridades rústicas”, además de refranes y otros dichos.

Una tercera rama sustenta las ediciones y los estudios literarios, etnoliterarios e históricos. Son notables sus recuperaciones, así ocurre en el libro *Sal gorda*, de coplas obscenas de la tradición oral que la maldad de las buenas costumbres casi nunca dejara por escrito. Importantes resultan también sus aportaciones al estudio de la poesía andaluza, tanto generales como particulares. Entre las primeras sobresalen las tituladas *Andalucía en el testimonio de sus poetas* y *Antología consultada de la nueva poesía andaluza*. Entre

las aportaciones sobre autores cabe recordar sus libros sobre Bernardo López, José Jurado de la Parra, Eugenio Noel, Antonio Machado, José Almendros, Rafael Laínez Alcalá, Rafael Porlán, Juan Martínez de Úbeda y, entre otros, José Ortiz de Pinedo. Y no me paro a contar las numerosas recuperaciones a través de unas muy cuidadas ediciones de obras de Alcalá Venceslada, Cazabán, Toral, Laínez y, entre otros muchos, Andújar.

Ésta es una muy simple muestra del rico quehacer intelectual de Manuel Urbano y éstos son unos cuantos trazos con los que he pretendido ofrecer un perfil de nuestro escritor, persona de tan inteligente ironía como de indisimulada sensibilidad a un mismo tiempo; persona de elaborada cultura que ama epicúreamente la vida y el largo aliento de su veta popular, que observa con mirada penetrante el carnaval del mundo y, utilizando como vía el imperio de los sentidos, sin afectación alguna, ha logrado cristalizar unos sanos y perdurables frutos de nuestra mejor cultura. Su mucha información, su equilibrado juicio, agudo oído y justo aprecio de fuentes y saberes lo han convertido en una pieza insustituible en el panorama de nuestra cultura y en un regalo para las gentes de las altas tierras de Andalucía. Aquí alcanza su justificación que nuestra Academia haga suyo a este escritor y, honrándolo, se honre a sí misma al contar con tan excelente persona y escritor insobornable, que sólo obedece al dictado de su conciencia y estética, para que la represente en las altas y feraces tierras donde nace el Padre de Andalucía y donde se recitaron por cierto los primeros romances fronterizos.

Y termino ya. En nombre de mis compañeros de la Academia, le doy a don Manuel Urbano Pérez Ortega mi más cordial bienvenida a esta docta institución y, al tiempo que le agradezco su discurso, le deseo una larga y provechosa vida académica para bien de Jaén y Granada y de nuestra cultura literaria sin más adjetivos.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 28 de octubre de 2007,  
aniversario del nacimiento de  
Ramón María del Valle Inclán  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia.

Granada,  
MMVII